

Esta obra representa el punto de llegada de la etapa iniciada en 1971 en la que –en palabras de Román de la Calle– “Martín Caballero concibe un ‘mundo’ en el que la deformación y lo monstruoso se convierten en metáfora plástica de un hondo sarcasmo vivencial intensamente sentido, y en igual medida explicitado, incluso simbólicamente, en sus obras”.(1)

El simbolismo de esta obra transforma en clave grotesca la iconografía religiosa para plasmar un alegato contra la energía nuclear a propósito de la central de Cofrentes (Valencia), cuya construcción se encontraba en su apogeo. Nada de la serena belleza con la que los pintores han representado a lo largo de siglos a la Virgen María, ni sombra de la dulce gracia del Niño Jesús. En su lugar, el rostro crispado y atónito de una madre que sostiene en su regazo su engendro siniestro, ambos flotando sobre una especie de nube rojiza o, mejor, hongo nuclear que señala la causa de tanto horror.

Esta manipulación irreverente de la iconografía cristiana es única en la obra de Caballero, aunque surge dentro de un proyecto de serie que no llegó a materializar. No obstante, no faltan en su obra posterior símbolos de tradición religiosos enmascarados bajo apariencia intrascendente, tomados de maestros clásicos. Más habitual es encontrar el contenido de esta tabla en otras pinturas, como en la siguiente, pues la preocupación ecológica es un tema recurrente en la obra de Martín Caballero hasta en sus realizaciones más recientes.

NOTAS

1 “Martín Caballero: los interminables juegos de la representación”, en *Martín Caballero* [cat. exp.], Valencia, Galería del Palau, 1982; Denia, Galería Mona, 1992; y AA.VV., *Plástica valenciana contemporánea*, Valencia, Promociones Culturales del País Valenciano, 1986, p. 50.

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 94-95.